

Que el futuro no nos tome por sorpresa: viejas y nuevas ambiciones de la Historia

Juan Pro

Universidad Autónoma de Madrid

El paradigma de la historia social, como es sabido, se dio por agotado a finales del siglo XX, después de varios decenios de despliegue de la llamada «nueva historia». La ambición de totalidad de los maestros de la primera y segunda generación de los *Annales* fue sustituida por una fragmentación de los objetos históricos y los campos de análisis. Múltiples enfoques, problemáticas y sujetos empezaron a poblar las secciones de Historia de las bibliotecas y de las revistas, en un proceso que François Dosse llamó de «desmigajamiento» de la Historia en su célebre libro de 1987¹.

Este proceso de desmigajamiento de la disciplina venía acompañado de un cambio de paradigma explicativo, de un cambio en las escalas de observación y de un desplazamiento de las ambiciones de la explicación a la comprensión, por lo que resulta especialmente difícil evaluar por separado el efecto que tuvieron cada uno de estos cuatro fenómenos: fragmentación del discurso histórico en múltiples discursos sin aparente conexión, cambio de los marcos teóricos hacia paradigmas nuevos de carácter más cultural que social, reducción de las escalas de observación en los estudios de los historiadores, y apuesta por la comprensión frente a la explicación. El cambio experimentado por la historiografía desde los años setenta del siglo XX –cuando Carlos Forcadell se incorporaba al gremio– se presenta especialmente complejo, y no se puede ventilar con una sentencia sencilla del tipo de la «renuncia» en las ambiciones, sino que hay en juego apuestas de una complejidad mucho mayor.

Desde mi punto de vista, cada uno de esos factores merece una valoración distinta. No son todos expresión de un pensamiento posmoderno que, a su vez, pueda tomarse como la expresión cultural del neoliberalismo². ¿Qué ha significado cada uno de estos tres cambios?

En primer lugar, la fragmentación de la disciplina histórica en multitud de corrientes, especialidades y subespecialidades responde a un fenómeno de hiperespecialización común a la mayor parte de las ciencias, y al mismo tiempo, responde también al pluralismo de las sociedades democráticas. Esta segunda parte –la multiplicación de escuelas, enfoques y marcos

¹ François DOSSE: *La historia en migajas: de «Annales» a la Nueva Historia*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988.

² Como afirman de pasada Nick SRNICEK / Alex WILLIAMS: *Inventar el futuro: poscapitalismo y un mundo sin trabajo*, Barcelona, Malpaso, 2017, p. 279, diciendo que es una «afirmación común», sin aclarar por qué.

interpretativos– no es necesariamente mala; más bien al contrario, asegura una riqueza de puntos de vista impensable en épocas anteriores en las que la historiografía solo podía subsistir si se ponía al servicio de la construcción nacional, de los poderes establecidos, o alternativamente de alguna de las ideologías críticas que desafiaban ese orden hegemónico. Desde luego, esto tiene que ver también con la expansión del mundo académico, que creció enormemente con la democratización de la enseñanza universitaria y que ha dado lugar a una tasa bastante alta de «historiadores *per capita*», que también resultaba impensable para las generaciones anteriores.

En cuanto a la especialización en sí, es consecuencia de la lógica implacable de las disciplinas científicas, relacionada con la racionalización y burocratización de la vida que Max Weber describió con el concepto de «la jaula de hierro». Sin duda la especialización nos aleja de visiones globales y genera un malestar académico y una incomunicación entre los investigadores obligados a encerrarse en los estrechos márgenes de subespecialidades diminutas para poder manejar la bibliografía, el lenguaje y los métodos de al menos una de esas subespecialidades. A cambio, la capacidad de profundizar se multiplica exponencialmente; y aumentan las posibilidades de colaboración y de diálogo interdisciplinar desde cada una de esas subespecialidades con otros campos vecinos de disciplinas en las que también se han producido fenómenos de hiperespecialización similares.

Esto es un cambio en las formas de abordar el estudio del pasado, pero no necesariamente una reducción de capacidad: las preguntas son menos globales, pero al menos pueden ser respondidas (lo que parece menos probable cuando el historiador se plantea preguntas tan generales que desbordan a todas luces sus fuerzas, lo cual puede llevarle a sustituir la búsqueda personal de respuestas por la reiteración de respuestas ideológicas preestablecidas). Por otro lado, un proceso de división del trabajo académico que lleve a la hiperespecialización puede ser un acelerador de la productividad intelectual (según el mecanismo ricardiano de la ventaja comparativa); y no conlleva contrapartidas negativas si el mismo proceso de división del trabajo salvaguarda la existencia de un cierto número de historiadores generalistas que se dediquen a hacer síntesis de las investigaciones particulares.

En segundo lugar, el cambio de paradigma explicativo ha sido un fenómeno de importancia mayor. Creo que ya se le ha prestado atención en otras mesas de este encuentro; pero sin duda tiene relación con el cambio en las ambiciones explicativas de la historia. La generación de Carlos Forcadell se formó en la ambición de la *nueva historia*, que planteaba que toda historia es historia social, en el sentido de que cualquier fenómeno histórico está socialmente determinado y para comprenderlo hay que restituirle el marco social y económico que le era propio. Nadie dudó de que eso significaba un salto cualitativo de importancia mayor, que llevaba a los historiadores a un nivel superior de análisis objetivo de la realidad.

Sin embargo, ese tipo de historia, la que resumimos refiriéndonos al paradigma de la historia social, que fue la «verdadera historia» de los años 70 y 80, se vio a su vez desafiada desde los últimos decenios del siglo XX por lo que se ha dado en llamar el *giro cultural* o *culturalista*. Partiendo del llamado «giro lingüístico» y de la comprensión de la importancia que tiene el lenguaje en la mediación de todos los asuntos humanos, los historiadores de los últimos cuarenta años han puesto el énfasis en cómo los marcos culturales también condicionan la realidad y lo hacen de una forma que no puede ser reducida a mera expresión de lo social.

Desgraciadamente, como toda innovación intelectual, el mercado ha hecho del giro cultural de la historiografía una especie de moda, y ha dado lugar a que proliferen libros, artículos y tesis doctorales de historia cultural sin más, que ignoran toda conexión con otros registros de la

realidad. Esto subleva a algunos historiadores sociales de mediana edad, que ven en este cambio del foco de atención desde lo social a lo cultural una especie de renuncia a ver las realidades duras de la historia, el conflicto, el poder y los condicionantes materiales, por el gusto dilatante de regodearse en lo trivial, en lo evanescente, en aquellas superficialidades del pasado que Marx llamó «superestructurales» y que, en cualquier caso, no inquietan a nadie.

Sin embargo, este vaciamiento y esta renuncia a comprender no puede atribuirse al conjunto de la historiografía de los últimos años, ni siquiera a la que podríamos llamar más propiamente historia cultural o postsocial. Lejos de renunciar a comprender, la historia cultural supone una vuelta de tuerca más en la ambición de comprender la totalidad del contexto para explicar cada caso singular: sin negar que todo fenómeno histórico está socialmente determinado –algo que cualquier historiador profesional aprendió desde el siglo XX– se trata de añadir que, además, todo fenómeno histórico está culturalmente determinado y no puede entenderse si no se restituyen los marcos culturales de referencia en los que se movían los actores (sus lenguajes, sus conceptos fundamentales, sus categorías mentales, sus representaciones del mundo, sus creencias, su universo simbólico, o incluso sus afectos). De nuevo aquí hay un cambio en la ambición, pero un cambio que no tiene por qué ir a menos, sino que está llamado a ir a más, a ponerse metas más altas en cuanto a la amplitud y complejidad de todo lo que hay que poner en juego para estudiar aunque solo sea un simple acontecimiento singular.

Después de todo, el interés por el modo en que los marcos culturales condicionan a los actores sociales no es más que el resultado de tomarse en serio algunas intuiciones del propio Marx sobre los motivos por los que las versiones primitivas de su doctrina chocaban con realidades palpables de su tiempo (por ejemplo en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*), o reflexiones más profundas al respecto, como las que vinculamos a la creación del concepto de «hegemonía» por Antonio Gramsci en los años treinta³.

Carlos Forcadell, que siempre ha estado atento a la formación y al trabajo de los jóvenes investigadores, hace ya tiempo que comprendió esto. Quizá porque la cercanía a Juan José Carreras y el interés de toda su escuela por la historia de la historiografía le ha ayudado a no convertir en verdades absolutas las referencias historiográficas de cada momento, aunque ese momento fuera el suyo, y estar atento al dinamismo constante, al impulso innovador que anima a la historiografía. Así, el Carlos Forcadell que desde sus primeras investigaciones se había interesado por un objeto tan querido de la historia social como el movimiento obrero, y había practicado algo que podríamos llamar «historia social de la política» en su tesis de 1977 sobre el movimiento obrero español en los años de la primera guerra mundial⁴, volvía más de treinta años después al tema desde una perspectiva muy diferente, ensayando un enfoque de «historia cultural de la política» en su capítulo sobre la cultura política de los socialistas en el tomo que él mismo coordinó con Manuel Suárez Cortina en la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina* en 2015⁵. Y en 2014 había dado cobijo en la Institución Fernando el Católico

³ Karl MARX: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2015; Antonio GRAMSCI: *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1999.

⁴ Carlos FORCADELL: *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978.

⁵ Carlos FORCADELL: «Constitución y práctica de una cultura política socialista: entre las dos Españas republicanas», en Carlos FORCADELL / Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.): *La Restauración y la República, 1874-1936*, t. III de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, dirigida por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 285-313.

a un grupo heterogéneo de historiadores interesados por explorar las posibilidades que abría la historia de las emociones⁶.

El cambio en las escalas de observación, tercero de los cambios mencionados, puede valorarse de modo similar a los anteriores. A medida que se profesionalizó la historia y se especializó cada vez más, pasó a ser más abundante el instrumental que hay que conocer y utilizar en el análisis, más voluminosa la bibliografía y más sofisticado el elenco de fuentes que hay que cruzar para obtener una conclusión. Las investigaciones, por tanto, han tendido a concentrarse sobre objetos de escala menor, en un proceso que implica por un lado la reducción de los marcos geográficos, por otro el estrechamiento de los marcos temporales de análisis y por último la selección de una sola dimensión analítica para enfocar cada fenómeno histórico. Todas estas tendencias estaban ya ahí antes de aquel funesto decreto de 2011 que estableció un plazo para la realización de las tesis doctorales, un ridículo plazo oficial de tres años, que impone reducir hasta el límite el alcance y la ambición de las tesis de Historia.

En cualquier caso, la reducción de escala en los marcos espaciales de análisis pudo ser una estrategia interesante en algún momento para romper el monopolio de la historia nacional, que casi siempre respondía a una historiografía nacionalista: la historia regional y la historia local permitieron desafiar esa hegemonía y plantear visiones de la historia desde abajo, al tiempo que ponían en explotación nuevas fuentes, daban protagonismo a sujetos silenciados y enriquecían las agendas de investigación académicas con cuestiones que solo el cambio de escala permitía observar y plantear. La obra-símbolo de esa llamada de atención hacia lo local y lo regional fue, quizá el libro de Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana*, de 1975⁷. Aquí en España, los congresos de historia local de Aragón, con los que Carlos Forcadell ha tenido tanta relación, serían un buen ejemplo de esa vitalidad historiográfica y de los buenos frutos que ha dado; y el propio Carlos se ha ocupado de valorar la historia local, provincial y regional en varios de sus trabajos⁸. Aunque sin duda podrían mencionarse también otros ejemplos menos edificantes en los que la reducción de las escalas de observación a lo local y a lo regional ha sido esterilizante y ha tenido más que ver con el cambio de las lealtades de algunos historiadores, lealtades que se han traspasado del Estado-nación a la región o la Comunidad Autónoma, y al municipio, repitiendo en escala menor el servilismo historiográfico de otros tiempos.

Esa tendencia a la reducción de las escalas, sin embargo, se ha visto compensada con creces por la aparición de corrientes historiográficas que han logrado desafiar la hegemonía de la historia nacional por arriba y no por abajo: la historia global, la historia mundial y la historia transnacional constituyen hoy en día enfoques que tratan de comprender fenómenos que no se podrían comprender si el historiador limitara su mirada al interior de unas determinadas fron-

6 Curso *Siento, luego existo: emociones históricas e historia de las emociones*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 22 y 23 de mayo de 2014.

7 Emmanuel LE ROY LADURIE: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981.

8 Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995), pp. 7-27; idem: «El despliegue de una historiografía regional: Pasado reciente y presente de la investigación contemporánea en Aragón», *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 6 (1999), pp. 59-78; idem: *El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1993; idem: «Comerciantes, artesanos e industriales en la Zaragoza del final de la época isabelina», *Cuadernos aragoneses de economía*, 4 (1979), pp. 161-180; idem: «Propiedad de la tierra y poseer local en la comarca de Daroca, siglos XIX-XX», *El Ruego: Revista de estudios históricos y sociales*, 1 (1995), pp. 247-266; idem: «Historia del bajo Aragón, la historia en el bajo Aragón», *Al-qannis: Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz*, 5 (1995), pp. 7-13; y Carlos FORCADELL / María Cruz ROMEO MATEO (eds.): *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.



Con Juan Pro –en el centro de pie–, y de izda. a dcha.: Pedro Novo, Susana Tavera y Mari Cruz Romeo; sentados: Carme Molinero, Ignacio Peiró, María Sierra y Javier Moreno Luzón. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Murcia, 2008.

teras: esa historia de fenómenos reales que traspasan las fronteras políticas y geográficas, cuya relevancia es fácil de entender para las generaciones que vivieron bajo la amenaza de la guerra nuclear total en los tiempos de la Guerra Fría, que descubrieron después la influencia de la globalización en nuestra vida cotidiana, y que viven hoy bajo la amenaza del cambio climático y sus efectos. Desde luego, no creo que esta multiplicación de los marcos geográficos de análisis de los historiadores pueda considerarse una renuncia a la ambición explicativa: donde antes había poco más que las historias triunfales de cada nación convertida en Estado, disponemos hoy de múltiples escalas de observación de los fenómenos, desde la historia local y la microhistoria hasta la *World History*.

Con el cambio en las escalas temporales pasa algo parecido: la tendencia al predominio de los estudios de corto plazo puede considerarse preocupante si se contrasta con las virtudes de la *longue durée* que, en su momento, ponderó Braudel. Pero esa reducción de escala permitió desde finales del siglo XX recuperar la importancia del acontecimiento como materia básica de la historia, que anteriormente había quedado eclipsada por la búsqueda de «grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes»⁹.

El experimentalismo historiográfico de los años ochenta y noventa dio ejemplos interesantes de cómo una extrema reducción de escala puede generar trabajos de historia de gran calidad y

⁹ Por tomar el título del libro de Charles TILLY: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991.

con un gran poder de explicación o de comprensión del pasado (según como se lean). Un ejemplo claro de esto fue la *microhistoria*, un tipo de práctica historiográfica de vigencia fugaz, pero que dejó varios trabajos memorables, especialmente en la historiografía italiana (Carlo Ginzburg, Giovanni Levi...) ¹⁰. En estas obras los tiempos y los espacios eran extremadamente reducidos, en el límite para observar a un solo individuo o un acontecimiento singular; pero esa reducción permitía una lectura densa del acontecimiento en su contexto, de manera que la ambición y la capacidad para plantear y responder preguntas no eran en absoluto reducidas.

En definitiva, los trabajos de microhistoria nos dieron ocasión de releer las reflexiones de Braudel sobre las escalas temporales del historiador, descubriendo que más que una llamada a los análisis de largo plazo, lo que había en su obra era una llamada a la combinación inteligente de diversas escalas de análisis (fuera en el marco de una sola obra o, más prudentemente, en el ámbito colectivo de una escuela o una generación de historiadores) ¹¹.

En definitiva, yo diría que estos tres cambios señalados hasta ahora eran respuestas al agotamiento del paradigma de la historia social: agotamiento, no tanto porque se hubieran llevado ya hasta sus últimas consecuencias los postulados de la nueva historia y se hubiera hecho realidad aquella «historia total» planteada como horizonte; sino porque, a medida que se profundizaba en el análisis de todas las dimensiones de la experiencia de todos los seres humanos y en todos los tiempos, se fue tomando conciencia de la extrema complejidad de los procesos históricos, las múltiples conexiones y facetas que cada hecho tenía. *Complejidad* sería la palabra clave desde entonces. Y desde esa conciencia de la complejidad nacía una cierta humildad en cuanto a las posibilidades de explicar (en el sentido de las ciencias físicas y naturales); frente a los intentos de explicación, que sonaban simplificadores y deterministas, se abría la opción alternativa de intentar comprender (el cuarto cambio que quería señalar). La reducción –y la combinación– de las escalas, la fragmentación de los objetos y la multiplicación de los modos de aproximación a la historia son, en última instancia, recursos para enfrentarse a lo complejo sin renunciar a comprender.

La distinción entre explicación y comprensión fue acuñada por Dilthey, quien insistió en 1883 en que las «ciencias del espíritu» debían aspirar a la comprensión mediante la hermenéutica: la recolección de los datos sobre el pasado debería llevar a una comprensión de su sentido y su intención, orientada hacia el presente ¹². De ahí vino un cierto debate sobre si la Historia –como las demás ciencias sociales– debe *explicar* los fenómenos, de forma similar a como lo hacen las ciencias naturales y experimentales, o si su forma de conocimiento es otra, más relacionada con la *comprensión*: dar cuenta de las acciones sociales, en el caso de la Historia dar cuenta de los procesos mediante un discurso estructurado en torno a la dimensión temporal de la experiencia humana ¹³. Max Weber disolvió en cierto modo aquella dualidad entre explicación y comprensión, al plantear un modelo sociológico «comprensivo» en el cual la Historia no solo

¹⁰ Edoardo GRENDI: «Microanalisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, 33 (1972), pp. 506-520; Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1982; Giovanni LEVI: *La herencia inmortal: La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990.

¹¹ Jacques REVEL: «L'histoire au ras du sol», presentación de Giovanni LEVI: *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1989.

¹² Wilhelm DILTHEY: *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Madrid, Alianza, 1980.

¹³ Juha MANNINEN (ed.): *Ensayos sobre explicación y comprensión: contribuciones a la filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Madrid, Alianza, 1980.

presenta los hechos del pasado, sino que lleva a una comprensión de los motivos de las acciones, con lo que en la práctica permite explicar los procesos y su resultado¹⁴. Creo que la ambición explicativa predominó entre los historiadores que se vincularon al paradigma de la historia social, mientras que la ambición de comprensión predomina en los nuevos caminos que ha tomado la historiografía más recientemente.

De este repaso podría concluirse que sostengo una interpretación optimista sobre la marcha que ha seguido la historiografía bajo los vientos poco favorables del pensamiento único y de la hegemonía neoliberal. Lo cual no es cierto del todo. Tomo muy en serio advertencias sobre los peligros de la trivialización, de la falta de síntesis explicativas, y del olvido voluntario de lo que ya teníamos aprendido, como la que me hizo el propio Carlos Forcadell al recordarme en un congreso en tierras argentinas la frase genial del otro Carlos (Marx) en *La ideología alemana* (1846):

En la vida vulgar cualquier tendero sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que es, y nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como este. Cree a cada época por su palabra, por lo que dice acerca de sí misma y lo que se figura ser¹⁵.

Siempre conviene volver a los clásicos. Y estimo este recordatorio en lo que vale, por lo que aún tengo el billete manuscrito en el que Carlos me la anotó de su puño y letra clavado en la pared de mi despacho en la Universidad Autónoma de Madrid, donde ha permanecido como llamada de atención para propios y extraños desde hace cinco años.

En fin, el balance debe ser comedido y sopesar lo que hemos ganado y lo que hemos perdido con los cambios de enfoque y de horizontes de los últimos treinta o cuarenta años. No creo que debamos caer en un pesimismo apocalíptico –seguro que no– pero tampoco en la complacencia ni en el triunfalismo. Porque, a la hora de la verdad, ¿cuántas son las cosas que conseguimos explicar o comprender, comparadas con el océano de las que ignoramos por completo? La historia social falló en gran parte de sus ambiciones porque, mientras decía que explicaba el pasado, no fue capaz de comprender el presente ni de hacer predicciones acertadas sobre el futuro. La historia cultural es igualmente incapaz de hacer predicciones de futuro –de manera que cada bandazo del presente nos toma por sorpresa–, pero al menos ha adquirido la modestia necesaria para ni siquiera intentarlo.

De hecho, el punto al que ha llegado la historiografía actual presenta sombras tan grandes que casi eclipsan sus luces. David Armitage y Jo Guldi apuntan en su *Manifiesto por la Historia* hacia un problema muy claro: la pérdida de audiencia de los historiadores en el siglo XXI. Lo que a ellos parece preocuparles es que los historiadores han dejado de ser escuchados por el poder, han dejado de formar parte de los consejos asesores de los presidentes y jefes de gobierno, en beneficio de los especialistas de otras disciplinas, como la economía, la sociología o la ciencia política¹⁶. Podríamos añadir otras dimensiones –quizá más preocupantes– de esa crisis de audiencia, como el descenso en el número de estudiantes interesados por la Historia o la pérdida de interés del público lector por los libros de Historia que es-

¹⁴ Max WEBER: *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; ídem: *Ensayos de metodología sociológica. Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.

¹⁵ C. MARX / F. ENGELS: «Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista», cap. 1 de *La ideología alemana*, en C. MARX / F. ENGELS: *Obras escogidas*, 2 vols., Moscú, Progreso, 1981, vol. I, p. 48.

¹⁶ Jo GULDI / David ARMITAGE: *Manifiesto por la Historia*, Madrid, Alianza, 2016.

criben los historiadores académicos (aunque sigan vendiéndose bien otros productos, como la novela histórica o los libros de historia escritos por divulgadores ajenos al ámbito especializado de la profesión).

La llamada de atención de Guldi y Armitage es interesante, porque señalan algunos factores a los que responsabilizan de esa pérdida de influencia de la Historia en la toma de decisiones. Quizá no estaríamos de acuerdo en todos ellos. Pero sí en que es real ese retroceso en la capacidad de los historiadores de dirigirse a la sociedad y de influir sobre el rumbo de las decisiones políticas; lo es en todos los países, en mayor o en menor medida, y eso significa que responde a causas generales más que a circunstancias locales. Es muy probable que la pérdida de audiencia de la historia que se practica en el mundo académico tenga que ver con cierta estrechez de miras, cortoplacismo, hiperespecialización, superficialidad y ensimismamiento del gremio de los historiadores. No sé si eso es exactamente falta de ambición explicativa, pero sí que es una carencia preocupante y que merecería más reflexión y más respuesta por parte de los historiadores.